

CAPÍTULO VI

Caridad con que trata á sus súbditos. — Su celo por la vida comun. — Sacrificase por los suyos. — Cuidado exquisito de los enfermos. — Su conducta con los que lo estaban por sola aprehension. — Celo de la observancia regular. — Suavidad y eficacia en el corregir. — Solicitud paternal en socorrer á los afligidos y tentados. — Gratitude con los bienhechores. — Descuido de sí propio. — Su abstinencia. — Asperzas que practicaba.

1802

Uno de los efectos de la caridad del P. José con sus subordinados fue un gran cuidado y esmero en proveer de lo necesario así á todos en comun como en particular á cada uno. La casita de San Estévan, cuando el Padre entró á habitarla y á plantear en ella el noviciado, estaba absolutamente desprovista de todo, y en breve tiempo la proveyó de lo preciso. Colocó en sitios á propósito las oficinas para los Hermanos coadjutores, y á cada una designó un novicio para jefe ó cabeza, y bajo su direccion puso otros que aprendiesen el arte. No teniendo quien supiera guisar, mandó un Hermano á aprender con hombres de la profesion, á fin de que enseñase luégo á otros de casa. No quería que el alimento fuese regalado ni exquisito, sino comun y saludable, bien condimentado y abundante. Exigia sin embargo de todos que se acostumbraran á toda clase de alimentos, que vencieran la repugnancia natural, y estuviesen dispuestos á soportar con paciencia, cuando Dios así lo dispusiera, la falta aun de lo necesario para

sustentarse, con el recuerdo **de** que eran, no solo por afecto sino tambien en efecto, pobres de Jesucristo.

Perfeccionó todo lo posible **la** vida comun, quitando cualquier particularidad, hasta aquello **poquísimo** que se permitía en aquellos tiempos tocante al **desayuno** por la mañana. Á nadie concedía licencia para tener **dinero** alguno que gastar en cosa que necesitase; y él solo, como **padre** solícito, era provisor de todos, y velaba con atencion sobre **lo** que habían menester, y lo buscaba y agenciaba, aun más **que lo** preciso, así tocante á alimento como á vestido y todas las **demás** cosas, hasta privarse á sí mismo de muchas para proveer **á los** demás.

Su fervorosa caridad **hacía** que bajase hasta cosas al parecer de menos monta en lo que **tocaba** al bien de sus súbditos. «Decíanos,» depone el P. Nicolás Grassi¹, «que era más conforme á la compostura religiosa **descansar** de lado, que no supino rostro arriba.» Y D. Tito Ceconi, **refiere** un hecho que le pasó á él, y fue como sigue²: «Estando **en** Colorno, vino una noche á mi aposento, y como advirtiese **que** la sola luz de la lámpara no era bastante para que yo pudiese **sin** pena estudiar, tomó él la vela, encendió otra luz, y me dijo: «Conserve V. la vista, que es preciosa: esto no es contra la **pobreza**.»

La misma solicitud, y **aun** mayor, mostraba en cosas que pertenecían al espíritu. Al **citado** P. Nicolás Grassi le dijo en una ocasion³, que «pusiese **atencion** en las rúbricas para observarlas con exactitud; y **que** si alguna vez en la preparacion y accion de gracias no podía **rezar** todos los salmos, que no omitiese las oraciones, porque **eran** dictadas por la Iglesia:» y «que si por cualquier incidente **hubiera** de dejar las prácticas religiosas para con Dios, que las **supliera** al primer tiempo que tuviese libre⁴.»

¹ *Process. Rom.*, fol. 589.

² *Ibid.*, fol. 777.

³ *Ibid.*, fol. 555.

⁴ *Ibid.*, fol. 575.

En lo que ponía especialísimo cuidado era en engendrar en el corazon de sus novicios una confianza tierna, ilimitada y filial para con Dios nuestro Señor, más que temor mal entendido: porque además de que gusta Dios que el hombre confie en su infinita bondad, el temor achica el corazon, y la confianza lo alienta para grandes empresas. Y á este fin procuraba que se formasen de Dios un concepto exacto, y á menudo les decía: «No es Dios como un hombre que nos apunte el fusil al pecho, ó como un riguroso ejecutor; sino padre piadoso y madre tierna juntamente¹.»

Á un Padre que juzgó ser algo espléndido el trato que daba el Siervo de Dios en Colorno á los novicios², respondió: «Yo he visto los funestos resultados que produce, mayormente en la juventud, la escasez en el trato de sus personas. En España teníanamos muchos colegios; mas algunos, y aun muchos, de ellos estaban pobres é imposibilitados de proporcionar á sus moradores el sustento conveniente. Pues bien: á muchos jóvenes de grandes esperanzas por sus virtudes y talentos, no estando desarrollados todavía, veíaseles decaer, perder las fuerzas y acabar por ser no de alivio sino de carga á la Compañía.»

Con grandísima razon exclama el P. Van Meurs, al trascribir este párrafo: *Dictamen hoc est vere aureum*: «es verdaderamente de oro este dictámen:» porque en realidad de la escasa alimentacion de los jóvenes proviene gran número de enfermedades, y las casas religiosas vienen á convertirse en hospitales de inválidos, debiendo ser como cuarteles de soldados valerosos. Estuvo el Padre tan firme en este su modo de obrar, que la primera disposicion que tomó á la muerte del duque, cuando quedó sin renta el noviciado, fue que nada se cercenase en lo que tocaba á la alimentacion, confiando que no dejaría Dios de proveer, como en efecto sucedió³.

¹ *Process. Rom.*, fol. 563.

² *Ibid.*, fols. 939, 940.

³ *Ibid.*, fol. 345.

Refiere el H. Santiago Annoni¹, que muchas veces, estando los Hermanos en refectorio comiendo, iba el Siervo de Dios á conversar con ellos, y les decía: «Alimentaos ahora, y alimentaos bien: que tiempo vendrá, en el cual tendréis que contentaros con sola la sopa, y tendréis que mendigar de puerta en puerta, y seréis perseguidos: mas vendrá después otro tiempo, en que seréis bien recibidos, y un Padre y un Hermano bastarán para abrir un colegio.» Todo lo cual sucedió puntualmente como el Padre lo había anunciado.

Siempre que podía complacer á sus súbditos y darles cuanto pedían, sin traspasar los límites de la religiosa observancia, dábaselo, sin economizar ni aun la propia persona, haciéndose siervo de todos, y sujetándose por ellos á incomodidades y fatigas no pequeñas; como lo demuestra el hecho siguiente.

Estaba próxima á la muerte la madre de un novicio de Colorno: enviáronle sus parientes un propio suplicándole que con una visita los consolase á ellos, y mucho más á la anciana madre, que suspiraba por verle. Pareció justa al P. Pignatelli la petición. El novicio, como tenía buena salud y su pueblo distaba poco, dijo que haría gustoso el viaje á pie, si á su Reverencia así pareciese. Consintió el Padre; y le mandó que al amanecer del día siguiente bajara á la portería y aguardase al compañero que le pensaba dar. Hizolo así el novicio; y vio con sorpresa que el tal compañero era el mismo P. Pignatelli: resistióse cuanto pudo á permitir que por él se diera aquel mal rato; pero el Padre insistió, y no hubo más remedio que tomarle por compañero.

Mas en lo que descolló singularmente la caridad del P. José fue en el cuidado y esmero con los enfermos. Cualquiera de casa que enfermase tenía en él un padre amoroso y un solícito enfermero, pronto siempre á consolarle y servirle. Sentía los males ajenos como propios, y aun mucho más. Todo leve padecimiento de sus hijos le llegaba al alma y redoblaba su cariñosa diligencia.

Quería que se cumpliesen con rigurosa escrupulosidad las

¹ *Process. Rom.*, fol. 420.

prescripciones de los facultativos, y que se preparasen á tiempo las medicinas, sin reparar en su coste. Ordenando un día al Hermano enfermero que comprase no sé qué medicina, le ocurrió al Hermano decir que iba á costar mucho, si era de la mejor calidad. Turbóse el Padre al oírle: y con semblante algo severo le dijo: «Cueste enhorabuena aunque sea diez veces más: lo que yo quiero es que sea lo más provechoso para el enfermo.»

Procuraba adivinar hasta los deseos y, casi diría, los antojos de los enfermos; y si conocía cuál era su gusto en el comer, ó el guiso que les apetecía, no paraba hasta que los veía satisfechos. Ni dejaba por eso de exigir de los enfermos, como era razon, gran prudencia, resignacion y humilde y pronta obediencia á médicos y enfermeros, y que por delicadeza nimia ó excesivo amor de sí propios no se lamentasen con demasia ni acarreasen molestia á los demás. Si por acaso se encontraba con cierta gente fantástica y aprensiva, que, esclava de su imaginacion, se quejase de dolores que no tuviese, ó los pintara abultados y mayores de lo que realmente eran; entonces el P. José iba más despacio y andaba corto en las demostraciones de benevolencia que solía dispensar á los otros.

No faltó quien extrañase esta diversidad del santo varon; el cual por vía de excusa tuvo que decir, que aquella era, á su parecer, la conducta indicada para con cierta especie de personas demasiado exquisitas y hasta supersticiosas en lo tocante á su salud; y que siempre obraría así, por más que tuviese que violentar su corazon; pues de lo contrario, dándoles cuerda, acabaría de hacerlos inútiles para los ministerios de la Compañía y grave carga de la comunidad. Y solía añadir, que para curar radicalmente ciertas cabezas, no tendría escrúpulo en echar mano de aquel remedio, con que el Santo Padre Ignacio curó al Padre Silvestre Landini¹: y decía bien, porque la experiencia ha de-

¹ Era este un Padre muy fervoroso, que cayó enfermo, y con la enfermedad perdió la salud no solamente del cuerpo sino tambien la del espíritu. Recobró la corporal, y no daba indicios de preocuparse

mostrado que una impresion de fantasía suele **disiparse** con otra más fuerte, y un temor huye y desaparece con otro mayor.

Pero cuando la enfermedad no era de **aprension**, sino real y verdadera, entonces la caridad del P. Pignatelli era activa, cuidadosa y tierna. Vigilaba á los enfermeros, y á menudo les pedia cuenta de si algo se había omitido por **olvido** ó negligencia: y no tranquilo con esto, él en persona **visitaba** al doliente repetidas veces al día sirviéndole por sí mismo en cuanto había menester. Á ninguno se sangraba sin que el buen Padre, temiendo que durante la noche se soltase la **venda** y abriese la cisura, fuese á visitarle á deshora y registrar el **brazo** ó la mano.

Si se agravaba el mal, no tenía límites su **desvelo**: de día y de noche estaba á la cabecera del enfermo, y **por** mucho que le molestase el frío en lo más crudo de la **estacion**, no consentía en abandonarle, y dejar el cuidado á otros. **Consolábale** y animábale con santas razones; y si lo había menester, le exhortaba á ponerse con entera resignacion en las manos **de** Dios para cuanto le pluguere disponer, y á aceptar con **igual** gusto la vida ó la muerte. Á este fin ofrecía á Dios sus oraciones y santos sacrificios, encomendando cada enfermo á la **proteccion** especial de algun santo, cuya reliquia le dejaba, exhortándole á confiar en su poderosa intercesion; y de esta práctica **recogió** no pocas veces frutos maravillosos.

Así logró la salud del P. Nicolás Grassi, **jovencito** entonces y en muy grave peligro por continuos y violentos esputos de sangre¹; pues encomendándole el Siervo de Dios muy de veras al Venerable H. Alonso Rodríguez (que aun **no** estaba beatifi-

por la de su alma. En vista de esto, el Padre San Ignacio le envió á su patria, dejándole incierto de si iba despedido de la Compañía. Entró con esto en sí el P. Silvestre, al ver que había dado motivo para ser echado de la religion: arrepintiéndose de su conducta pasada, y emprendió una vida tan austera, que en poco tiempo **recobró** con grandes creces el fervor pasado y fue un verdadero apóstol. (ORLANDINO, *Historia Soc. Jesu.*, Lib. VII).

¹ *Process. Rom.*, fol. 943.

cado), obtuvo que se pusiera bueno, y le predijo muchas cosas por venir¹.

Si la enfermedad tenía algo de contagiosa, prohibía severamente á los jóvenes el acercarse al cuarto del enfermo; y él tomaba sobre sí el asistirle á todas horas y servirle de padre, de médico, de enfermero, de criado y de todas las cosas. Cayó en una calentura pútrida, y á juicio de los médicos con peligro de contagio, el P. Juan Antonio Grassi; y día y noche tuvo á su lado al P. Pignatelli con tan entrañable caridad y esmerada asistencia, que no hiciera más una solícita madre en el peligro de su único hijo. Empeoró el mal, y lleno de fervor, preparóle á recibir el santo viático encomendándole muy de veras á Dios por la intercesion de San Antonio de Padua, á cuyo patrocinio le había entregado. Quiso el Señor que el mismo día de la festividad del santo, en el que se viaticó al enfermo, desahuciado ya de los médicos, el mal hiciese crisis de repente, y el P. José tuvo el consuelo de ver fuera de peligro al Padre no sin esperanza de verle tambien pronto convalecido, como en efecto sucedió.

No era menester más que una ligera indisposicion de alguno de los suyos para que el Siervo de Dios se azorase todo, y acudiese con el remedio, aunque fuera á su costa. Abrió en Colorno escuelas públicas de gramática y puso de maestros en ellas algunos de los novicios más antiguos; y como llegara á saber el Padre Pignatelli que uno de ellos no andaba muy bueno, aunque por lo insignificante que él mismo creía ser el mal, no hacia ningun caso de él, le llamó, y enterado de todo, mandóle acostarse y

¹ Nota el P. LUENGO que á principios de 1803 se mandó de Madrid que se activase la causa del entonces Venerable, y ahora ya canonizado, Alonso Rodríguez; lo cual produjo no poca admiracion por las circunstancias de los tiempos en que se dio la orden y por haber desde muchos años completa abstencion en este particular. Es probable que tomara la iniciativa en este negocio el cardenal Despuig, mallorquin. Con esta ocasion exhortaría el Siervo de Dios al P. Grassi á confiar en la intercesion del Venerable Hermano. (*Diario*, Tomo 37, página 48).